

Ésta es la Iglesia del tercer milenio

India: la misión es caridad

Apenas hay cristianos en el norte de la India. El anuncio explícito del Evangelio sería recibido con hostilidad, pero si la Iglesia no puede hablar, nada le impide vivir y hacer realidad la Buena Noticia en la vida de la gente. En la India profunda, donde toda la vida social está regida por el sistema de castas y la mujer vale apenas la dote que esté dispuesta a pagar por ella su familia, Manos Unidas sostiene una impresionante labor con los más desfavorecidos del planeta



Niñas recogidas de la calle en el albergue de la asociación DARE (Development Association for Research & Empowerment), en Varanasi

Al fundar las Misioneras de la Caridad, en 1950, la Madre Teresa no dio sólo vida a una congregación hoy extendida por todo el mundo. La Beata estaba señalando un camino para el anuncio creíble del Evangelio, válido incluso en lugares donde el entorno no permite la proclamación explícita, como Calcuta.

La Iglesia es hoy el mayor proveedor no gubernamental de servicios sociales, educativos y sanitarios en la India. Hay más estudiantes de Secundaria en colegios católicos que en ningún otro país, a pesar de que los cristianos son aquí una pequeña minoría. Según el último censo oficial, con 25 millones de personas, los cristianos constituyen el 2,3% de una población de unos 1.200 millones de personas. Tres cuartas partes son católicos, y se concentran en Kerala y otras zonas del sur del país. En el norte, apenas hay bautizados. En Calcuta, Varanasi o Agra la proporción es insignificante.

No hay muchos cristianos en el norte, pero sí mucha pobreza, y una Iglesia con fuerte presencia social. Desde mediados de los años 60, el Gobierno apenas concede visados a misioneros extranjeros,

pero eso no ha sido un obstáculo insalvable. Hoy la India es el país con más seminaristas del mundo, 15 mil, cifra que aumentó un 40% entre 1999 y 2007, gracias sobre todo a la pujanza de las congregaciones religiosas. En lo que respecta a religiosas, la India va camino de superar a Italia y convertirse en la *primera potencia mundial*. Entre 1999 y 2007, su número aumentó un 20%, hasta los 95 mil. Y aunque aparecen síntomas de agotamiento, por el descenso de la natalidad en el sur del país, la Iglesia confía en que los territorios del norte tomen poco a poco el relevo. En Orissa y otras zonas tribales del país, ese cambio ya ha comenzado.

Buena parte de las élites indias han estudiado en colegios católicos, lo que explica las buenas relaciones de la Iglesia con los niveles más altos de la Administración. Los beneficios sirven para financiar la ayuda a los más desfavorecidos, sobre todo las mujeres. El 70% de las escuelas y el 85% de los centros médicos católicos se encuentran en áreas rurales pobres.

Para sostener esa labor, resulta imprescindible la cooperación extranjera, como la que presta Manos

Unidas. La ONG para el Desarrollo de la Iglesia en España ha intensificado su presencia en el norte del país, especialmente en Uttar Pradesh, el Estado más poblado, con 200 millones de personas, y uno de los más pobres. Acompañada de representantes de algunos medios de comunicación –entre ellos, *Alfa y Omega*–, la Presidenta de Manos Unidas, Soledad Suárez, ha visitado algunos de los más de 30 proyectos apoyados por la organización en este Estado en los últimos 3 años, con una inversión de 1.762.109 euros.

14 millones de esclavos

Uttar Pradesh es la India profunda. Todo se rige por el sistema de castas, abolido en 1950, aunque, *de facto*, institucionalizado por el Partido del Congreso de Nehru y Gandhi, hegemónico en las últimas décadas. Perry Anderson, en *The Indian Ideology*, le acusa de haber instaurado un sistema confesional para perpetuar el control de las castas altas sobre todos los ámbitos de la política y de la sociedad. De hecho, en los últimos años, han aumentado fuer-



La Presidenta de Manos Unidas, Soledad Suárez, con un grupo de mujeres en una aldea cercana a Varanasi

temente las desigualdades sociales, invirtiéndose el proceso iniciado con la independencia. 455 millones de indios viven con menos de 1,25 dólares al día. El país cuenta con impresionantes políticas sociales: en 2010, el Gobierno invirtió casi 30 mil millones de dólares en programas contra la pobreza, pero, según el Banco Mundial, el 59% se perdió en los bolsillos de políticos y funcionarios.

Las alternativas a este sistema clientelar e ineficiente no son mejores. Narendra Modi, Gobernador del partido nacionalista hindú BJP y probable próximo Primer Ministro, es señalado como responsable del asesinato de dos mil musulmanes en 2002. En cuanto a los partidos *dalit* (parias o descartados) que dominan la política de Uttar Pradesh, sólo han servido para perpetuar el sistema.

Las mujeres son las grandes víctimas de este modelo de estratificación social. La inmensa mayoría de los matrimonios son concertados, y la familia de la mujer debe pagar una dote. A más dote, mejor boda. Si la suegra y el marido consideran que no han recibido lo que valía el novio, la mujer puede terminar convertida en esclava.

En India, viven casi la mitad de los 30 millones de esclavos que hay en el mundo, según el reciente informe de la organización australiana *Walk Free*. Gran parte son mujeres, a las que sus maridos pueden violar y explotar impunemente. El otro surtidor de esclavos son los niños de casta baja y entorno rural. Hay falsas *agencias de empleo* que se dedican al tráfico de niños, destinados al servicio doméstico o a los burdeles. La policía suele mirar hacia otra parte.

La gente no quiere doctrina

La labor social de la Iglesia es muy valorada en la India, pero, al mismo tiempo, su presencia cuestiona de raíz el sistema de castas, los fundamentos de la sociedad. El arzobispo de Agra, monseñor Albert D'Souza, considera que esta fuerte implicación social es una de las causas de la violencia contra los cristianos en los últimos 10 ó 15 años. La otra, el proselitismo agresivo de algunos grupos protestantes.

La violencia es atribuida a grupos ultranacionalistas hindúes, muy activos en el norte. «Pero la gente común es muy tolerante», añade el arzobispo de Agra. En Navidad, las iglesias se llenan de hindúes.

Ésa es también la experiencia del padre Mahendra Paul, Superior General de la *Indian Missionary*

Society, congregación íntegramente india, con sede en Varanasi, la ciudad sagrada del hinduismo. Cada dos domingos, acuden unas 5 mil personas, la mayoría hindúes, a un santuario de la congregación. En Semana Santa, la cifra llega a los 15 mil, muchos de los cuales entregan a los religiosos la comida que no han consumido, para que la repartan entre los pobres.

No es que se hayan convertido al cristianismo. Son politeístas, y consideran a Cristo un dios más, explica el padre Mahendra. Pero «Jesús es muy diferente a la idea hinduista de divinidad. Esa idea de que Dios es amor, de entrega a los más pobres, sin distinción, llama mucho la atención. Nunca verás a una ONG musulmana trabajando para una comunidad hindú».

Los misioneros del IMS, la gran mayoría prove-

nientes del sur de la India, no anuncian el Evangelio con palabras. «Causaría rechazo. Y la gente está cansada de doctrina. Necesitan acción, ver cómo podemos traer cambios a sus vidas. *Evangelio* significa buena noticia, y eso es lo que venimos nosotros a traerles a sus vidas».

Soledad Suárez se queda con esa misma conclusión. «Los cristianos son muy pocos, pero en lugar de rendirse, han comprendido que se puede evangelizar con la caridad. La gente se termina preguntando: ¿Por qué estás aquí, por qué me cuidas así...? No preguntan qué religión tienen las personas que encuentran con necesidad. Para mí -añade-, ha sido todo un orgullo, como católica, ver cómo trabajan aquí los misioneros».

Ricardo Benjumea. Varanasi y Gorakhpur

Calcuta: La caridad como misión

A las 6:30 de la mañana, Calcuta empieza a desperezarse. Las Misioneras de la Caridad ya llevan un buen rato rezando. Ése es su gran secreto para llevar a cabo el cuarto voto de servicio libre y de corazón a los más pobres de entre los pobres. En estos momentos, más de 5.000 monjas trabajan en 136 países con la misión -en palabras de Madre Teresa- de «cuidar de los hambrientos, los desnudos, los sin hogar, los lisiados, los leprosos...de toda esa gente que se siente indeseada, rechazada, sin cariño». A las 6:30 de la mañana, el monzón en Calcuta convierte el ambiente en irrespirable. El termómetro marca 40 grados. Dos Misioneras de la Caridad, envueltas en su inconfundible sari blanco ribeteado de rayas azules, caminan hacia la Casa Madre. Por la calle, pululan cientos de personas entre animales, basuras, bicicletas y coches, pero sólo ellas reparan en un anciano escualdo, lleno de suciedad, que tumbado en la calle intenta quitarse con un palo el pus que expelen las llagas infectadas de sus pies. Ellas sí tienen ojos para él y, sin importarles su suciedad, se agachan, curan y limpian con sus manos los pies de ese anciano, en cuyos ojos se intuye agradecimiento. Intentan llevarlo a alguna de sus casas para cuidarlo, pero él se resiste. Ha vivido en la calle y en ella quiere morir. No sabe estar en otro sitio. A partir de ese día, cada mañana recibió la visita, el cariño y los cuidados de alguna de las hijas de la Beata Teresa de Calcuta. Y no murió solo. Era hinduista, al igual que la mayoría de enfermos, pobres y desahuciados que cuidan las Misioneras de la Caridad en la India, donde lo habitual es que se abandone en la calle a los niños que nacen con deformidades o enfermedades mentales. Donde lo normal es que los ancianos o enfermos improductivos se disputen su comida con las ratas. En un viaje en tren, Madre Teresa escuchó la voz del Señor llamándole a entregarse a los más pobres. Hoy, todos sus hijos espirituales, siguiendo su ejemplo, continúan escuchando en cada persona que llama a su puerta aquel grito del Señor en la Cruz: «Tengo sed» (Jn 19, 28). Ése es el grito por el que todos los días, tanto en Calcuta como en el Bronx neoyorquino, Etiopía o en su hogar para enfermos de sida madrileño, se lanzan a las calles en busca del pobre, del desahuciado o de la madre que quiere abortar. En el fondo, todos podemos encontrar un trozo de Calcuta en nuestro entorno. Como decía Madre Teresa, «Calcuta is everywhere», por lo que, quizás, más cerca de lo que nos imaginamos, alguien sigue teniendo sed.

Eva Fernández



Monseñor John Barwa, arzobispo de Orissa:

«Dios nos ha elegido para sufrir por Cristo»



Cristianos en un campo de refugiados, en el Estado de Orissa, en 2008, atendidos por una Misionera de la Caridad

«**L**os cristianos de Orissa nos sentimos especiales, porque Dios nos ha elegido para sufrir por Cristo». Lo dice, 5 años después de las matanzas en este Estado oriental de la India, el arzobispo de Cuttack-Bhudameswar, monseñor John Barwa. Su sobrina, la religiosa Meena Barwa, fue brutalmente violada por nacionalistas radicales. Los agresores quisieron obligar a un sacerdote a violarla también, pero él se resistió. La joven les perdonó. «Si no

era capaz de perdonar como Jesús, nos dijo que no era digna de llevar el hábito», cuenta su tío, que acaba de visitar la sede en Madrid de Ayuda a la Iglesia Necesitada, para presentar la campaña *Ofrece una Misa*, mediante la que se envían pequeños donativos a sacerdotes del tercer mundo que, en agradecimiento, ofrecen una Misa por las intenciones del donante.

Monseñor Barwa conoce muchas historias similares, pero lo que realmente le impresiona es que sus fieles

acudan a él, no a llorar por sus problemas, sino a decirle: «Obispo, han destruido nuestras casas, pero no han destruido nuestra fe». La pregunta es obligada: ¿cómo se aprende a perdonar ofensas así? «Parece humanamente imposible. Yo creo que esto es un don que nos da Dios. Pero incluso si uno lo piensa en términos meramente humanos, somos una pequeña minoría, y si no fuéramos capaces de perdonar, seríamos aplastados», responde.

No han vuelto a verse en Orissa ataques contra los cristianos como los de 2008, que dejaron cerca de un centenar de muertos y unos 60 mil desplazados. Lo que sí hay son permanentes hostigamientos, ataques contra viviendas, expropiaciones de tierras... «Desde el principio –dice el arzobispo de Orissa–, los cristianos hemos experimentado dificultades y persecución, así que esto no me perturba demasiado. Nos recuerda que debemos perseverar en la fe».

«Como dice Tertuliano, *la sangre de mártires es semilla de nuevos cristianos*. Eso lo hemos experimentado». Ha habido ya un importante aumento de vocaciones, «y miles de personas han pedido ser bautizados». No se trata de una cuestión relevante sólo desde el punto de vista cuantitativo. «Serán testigos comprometidos del amor de Dios, porque han experimentado la persecución», dice.

Estas conversiones pueden generarle a la Iglesia problemas legales, debido a la ley anticonversión que existe en Orissa, «pero si alguien viene voluntariamente a pedirnos el Bautismo, no podemos negárselo», explica el obispo. Llegan sin que nadie les haya propuesto abiertamente la fe. Pero «saben quiénes somos, ven lo que hacemos, y han entendido que este Dios que ama a todo el mundo y nos llama a todos hijos es verdadero. Han visto en la comunidad cristiana algo diferente, una nueva experiencia de vida para ellos, algo bello, bueno...»

R.B.

El imán alcanzado por Cristo

En la India viven cerca de 160 millones de musulmanes, casi el 15% de la población. Uno de ellos, Suleimán, educado para ser el imán de su comunidad, descubrió en el Corán las figuras de Jesús y de María, y siguiendo las indicaciones del libro sagrado de los musulmanes, que le remitió a la Biblia, se acercó a la fe católica para descubrir un Dios que es Padre y perdona nuestros pecados. A causa de lo cual, su padre llegó a agredirle con un cuchillo, y su familia cavó una tumba con su nombre. Cuenta su historia



en *Encontré a Cristo en el Corán* (ed. LibrosLibres). Mario Joseph –nombre que recibió en el Bautismo– vivió durante muchos años con miedo a Dios: «Islam significa *sumisión*. Todo musulmán debe seguir los mandatos de Alá; y, si desobedeces, el Estado islámico te puede matar. La relación entre Alá y el creyente es la relación entre un amo que manda y un esclavo que obedece. En el Islam, hay 99 nombres que se le dan a Alá, pero entre ellos no está el nombre de Padre».

Precisamente conoció a Dios como Padre al experimentar la novedad cristiana del perdón de los pecados: «En el Islam hay una infinidad de mandamientos: cómo dormir, cómo comer, cómo andar, cómo hablar... En el cristianismo me he encontrado con la confesión de los pecados, que trae la paz a mi alma. Jesús ha venido a perdonarnos los pecados, a

liberarnos. Somos libres. La belleza del cristianismo reside en la gracia de ser liberados por Jesús».

Después de publicar su libro, más de 1.300 musulmanes de todo el mundo se han puesto en contacto con él, y más de mil han sido bautizados. En estos tiempos en los que la Iglesia llama con fuerza a anunciar a Cristo, Mario Joseph pide que no nos olvidemos de nuestros hermanos musulmanes: «Jesús se quiere encontrar con todos los musulmanes, y todos los católicos tenemos el deber de ir hacia aquellos que están a nuestro lado, que trabajan en nuestras ciudades, en nuestros barrios, y hablarles de Jesús. Nosotros somos los embajadores de Dios. Todos tenemos el mandato de anunciar a Jesús a todo el mundo, incluidos los musulmanes».

Juan Luis Vázquez Díaz-Mayordomo

Manos Unidas ayuda a rescatar a los niños de la calle en Varanasi

La revolución del amor

Una de las salidas de la estación de tren da al centro de Varanasi; la otra, al infierno, a un inmundo slum (poblado de chabolas), donde viven unas 200 familias y decenas de personas sin hogar entre escombros, basura y desperdicios. La Hermana Manju y el padre Abhi han puesto en marcha la única ONG presente en ese lugar: DARE (Development Association for Research & Empowerment)



Anita, en la estación de Varanasi, con sus tres hijos

Anita empezó a encontrarse mal. Se sentó a descansar en un rellano de la estación, se recostó y ya no volvió a levantarse. Tenía 30 años, y el rostro de una mujer de 50. Ocurrió el 25 de mayo. Alguien se paró a fotografiar la escena de los tres niños junto a su madre muerta. En la mirada de Gopal, de 4 años, se ve miedo, tristeza, desorientación... Su hermana Roshani, de 3, llora. El pequeño, un bebé de 4 meses, duerme ajeno al drama, recostado sobre el brazo de Anita. Un grupo de niños corre a avisar a la Hermana Manju y al padre Abhi. Cuando llegan, el bebé ha desaparecido. En el mercado ilegal de adopciones, se pagan hasta 200 mil

rupias por un bebé varón (400 mil de las antiguas pesetas), una fortuna. Nadie responde por los dos mayores, así que los religiosos se hacen cargo. Hay suerte: dos meses después, una familia les adopta. Los niños están bien, según las últimas noticias.

Servicio 24 horas al día

La asociación DARE (*Development Association for Research & Empowerment*) se creó en 2010, bajo el paraguas de la *Indian Missionary Society* (IMS), casi por accidente. La culpable fue una niña llamada Preeti. Ahora tiene 10 años. Saca buenas notas en el colegio, se le da muy bien la música



Sister Manju (a la derecha) y una de sus colaboradoras (a la izquierda) en el slum

y se la ve una niña feliz. Sister Manju, de la Congregación de la Reina de los Apóstoles (con sede en Viena), la recogió de la estación, donde su madre le obligaba a pedir limosna. La llevó a una residencia de unos religiosos, pero la chica se escapó. Se fue de la ciudad, pasó un tiempo en otro hospicio y, después de un tiempo, nadie sabe cómo, volvió a Varanasi, buscando a Sister Manju. Se hizo un sitio para ella en la casa.

Preeti es ahora la decana de un grupo de unas 30 niñas. Duermen en una sala sobre colchonetas, la misma donde se les da clases de apoyo. Por las mañanas, van a una escuela pública cercana. DARE tendría que ha-

ber abandonado este local en abril. El padre Abhi busca desesperadamente una nueva casa, a ser posible cerca de la estación y con espacio para 50 chicas, aunque no es fácil encontrar una vivienda de esas características a un precio razonable. Muchos meses, parece que ni siquiera va a haber dinero para dar de comer a las chicas, «pero al final Dios siempre provee», dice el sacerdote. La principal fuente de ingresos para los proyectos de la IMS con niños de la calle es Manos Unidas; también hay un grupo de familias benefactoras en Bélgica.

La última niña que ha llegado a la casa es un torbellino de vitalidad. Se llama también Preeti y tiene 3 años.

Misión en los slums

El slum de Charbuya Shaid, junto a la estación de tren de Varanasi, es uno de los alrededor de 220 que existen en la ciudad. Acogen a más de un tercio de los habitantes de la ciudad, el doble del promedio nacional, un sexto de la población urbana de la India.

Manos Unidas está presente en 20 slums de Varanasi a través de la *Indian Missionary Society*, fundamentalmente en proyectos de educación no formal, dirigidos a unos 700 niños, a los que se intenta, poco a poco, escolarizar. En mitad de esos infectos lodazales, los chicos aprenden a leer y a escribir en improvisadas aulas a cielo descubierto, como la que se ve en la foto. A través de ellos, se llega a sus padres, para impartirles nociones básicas de salud e higiene, orientación laboral y legal, promoción de la mujer...

Los slums son un campo de acción pastoral prioritario para la Iglesia en la India. El cardenal Divas, Presidente de la Conferencia Episcopal, y uno de los ocho purpurados del Consejo que asiste al Papa Francisco, visitó hace unos días el slum de Dharavi, en Bombay, conocido por ser el mayor de Asia. Desde allí, el cardenal lanzó una campaña nacional, mediante la cual, durante el tiempo de Adviento, la Iglesia pretende despertar la conciencia ciudadana sobre el chabolismo en el país.





Un niño de la estación

Ahora sí los aparenta. El día de su rescate, el 9 de octubre, parecía casi un bebé, con su cuerpo desnutrido y diminuto, dormitando en los brazos de Sister Manju. Su padre, de profesión ratero, y su madre, vendedora ambulante de fruta, se la entregaron a la religiosa. La Presidenta de Manos Unidas presencia la escena. No parecía una despedida. No hay sombra de tristeza. Sus padres están muy contentos de darle una vida mejor. Además, podrán verla todas las semanas.

El hermano de la niña, de dos años, fue robado dos meses atrás por unos desconocidos. El crimen se frustró gracias a que los niños del *slum* dieron aviso a DARE. El chico fue devuelto sano y salvo a su hogar, a su chabola de palos y plásticos, entre ratas y basura y heces de animal. Los recursos son limitados, y la organización se ve obligada a acoger sólo a niñas, que son quienes tienen un porvenir más oscuro. «Por niños como él, no podemos hacer más», dice Sister Manju.

Sus palabras no son del todo ciertas. La monja conoce a todos y a cada uno de los chicos del *slum* por su nombre. Todos tienen su número de teléfono, disponible las 24 horas del día. Pasa noches enteras acompañando a chicos enfermos, llevándoles al hospital, rescatándoles de algún apuro... Si

alguno tiene problemas graves, se les busca un hueco en la casa. Los sábados, los chicos pueden ir allí a lavarse, comer, ver una película, jugar... «Vienen a hacer cosas de niños», apostilla.

No están acostumbrados a ser tratados como niños. Desde los 3 años, se les obliga a mendigar, a robar, a trapichear... La principal actividad económica del *slum* es la recogida de botellas vacías de plástico: por 45 botellas (un kilo) se pagan 30 rupias (60 pesetas). Algunos chicos se prostituyen en los lavabos de la estación. Prácticamente todos han sufrido en algún momento abusos. Las palizas son para ellos rutina cotidiana. Para evadirse, beben y esnifan productos químicos y drogas. Los recién llegados tienen que pasar el obligado bautismo de fuego de saltar entre trenes en marcha. Por eso, hay tantos chicos con miembros amputados. A algunos, les han mutilado sus propias familias para enviarles a pedir dinero.

Requisito: querer ayudar

En julio, se incorporó al equipo de DARE la hermana Annie, enfermera, que visita a los chicos del *slum*, y da clases de apoyo en el centro. También echan una mano seminaristas de la *Indian Missionary Society*. Pero la

Dar vida

Como sacerdote religioso y misionero en este vasto entorno no cristiano, estoy convencido de que mi vocación es dar vida a los pobres y a los marginados.

Eso es lo que significa para mí la encarnación de Dios: dar vida, vida en abundancia. Jesús cura a los enfermos y a los que sufren, devuelve la vista a los ciegos, da de comer a los hambrientos, perdona a los pecadores, da la vida por todos nosotros en la cruz... Soy feliz de poder ser un instrumento Suyo, para que Él siga dando vida a los más pobres. Durante los últimos 25 años, mi misión como sacerdote se ha desarrollado entre los marginados, dando vida a miles de hombres y mujeres. Desde hace dos años, intento dar un poco más de vida a los niños pobres y marginados de la estación de Varanasi. Soy feliz de poder introducir un poco de alegría en la vida de algunos niños, gracias a la colaboración de muchas personas.

Padre Abhi [Enmanuel George]



El padre Abhi, en la sede de DARE, con Preeti

mayoría de colaboradores tiene como única cualificación haber sufrido mucho y querer ayudar a los demás. Está Rakhi, una mujer de 33 años, abandonada por su marido y por el resto de su familia, a la que DARE ha acogido en la casa. Y desde mayo, hay dos chicas de 19 años, que se escaparon de casa cuando tenían 9, huyendo de sus respectivos padres, que las violaban. Sus ojos han visto todo tipo de miserias humanas, pero ahora han vuelto a estudiar. Viven en la comunidad y se encargan de visitar a los niños del *slum*. Allí, entre los *colaboradores locales*, cuentan con Rayú, líder pandillero de 15 años, huérfano, que ha llevado a muchos niños al centro. Sister Manju le trata con enorme ternura. Él se deja. Por un rato deja de ser ese joven duro al que todos los chicos respetan. La enorme sonrisa de la religiosa le ha desarmado. «¿Cómo puede sonreír siempre, Hermana?» Ella responde: «A los chicos les gusta».

Todos han sufrido mucho. Ahora todos cuidan de todos lo mejor que

pueden. En un lugar donde hasta las personas son mercancías que se compran y se venden, DARE ha hecho del amor una nueva moneda de cambio: gratis se recibe, y gratis se da. Hace unas semanas, los niños del albergue fueron a repartir dulces a los presos de una cárcel. Fue una experiencia hermosa que va a tener continuidad.

Al frente del proyecto, está el padre Abhishiktanand, también responsable de Misión de la IMS, y uno de los 3 consejeros que asiste al Superior General su congregación. Su nombre de Bautismo, el que le dio su familia en Kerala, es Emmanuel George, pero el día de su profesión religiosa, antes de partir a la misión en una diócesis en la que el porcentaje de católicos no llega al 0,1%, lo cambió por un nombre hindú, para adaptarse a la realidad cultural y religiosa del norte de la India: Abhishikt significa *el ungido*, y Anand, *felicidad*. En enero, celebra sus Bodas de Plata sacerdotales.

R.B. Varanasi

Para colaborar con Manos Unidas:

Información: 91 3082020/ 902 40 07 07
BANKIA: número de cuenta: 2038 0603 28 6001036580

La diócesis de Gorakhpur, maestra en desarrollo comunitario

La creatividad de la caridad

Una mujer –otra más– fue asesinada por su marido en la aldea de Rampur Dullah. La policía archivó el caso en la papelera, pero un grupo de mujeres cortó la carretera y exigió que se abriera una investigación. Las cosas han cambiado mucho en esta zona rural fronteriza con Nepal. Con ayuda de Manos Unidas, la diócesis de Gorakhpur ha puesto en marcha varios programas de desarrollo comunitario que empiezan a producir resultados sorprendentes

También las familias cristianas conciertan en la India los matrimonios de sus hijos. La Iglesia no lo condena, mientras no se exija a la mujer el pago de una dote. Es una costumbre muy extendida, con repercusiones en la vida religiosa. A los 15 años, los chicos deben elegir entre el sacerdocio o el matrimonio.

Desde que tuvo uso de razón, el padre Varghese (en español, Jorge) recuerda haber escuchado en Kerala (20% de cristianos) historias sobre la difícil situación en el norte, donde apenas hay cristianos y sí, en cambio, mucha pobreza. Desde pequeño, quiso ser misionero allí. A los 15, ingresó en lo que en la India se llama *seminario menor*. Ninguno de los otros 11 chicos que empezaron con él el proceso llegó a ordenarse. Cursó luego tres años de Filosofía. Esos estudios se alternan con *prácticas* pastorales junto a sacerdotes, habitualmente en entornos rurales y en trabajo social. Completada esta fase, los seminaristas dedican un año completo a labores pastorales tuteladas. Es además un período de discernimiento, tras el cual los aspirantes al sacerdocio deben superar otros 4 años en Teología.

Varghese Alumchuvattil dirige ahora la Cáritas diocesana de Gorakhpur, donde sólo viven 3 mil católicos, el 0,02% de una población de 17 millones de personas. A sus maestros sacerdotes («eran modelos para nosotros», dice), les agradece sobre todo



El padre Varghese (a la derecha) visita una comunidad rural

haberle enseñado a evaluar las oportunidades y necesidades del entorno. Esa habilidad, con el apoyo económico de Manos Unidas, le ha permitido poner en marcha, en 30 aldeas, un programa de agricultura ecológica que está cambiando la vida de miles

de pequeños agricultores que viven en condiciones de extrema pobreza. Le asisten varias religiosas, la mayoría del sur de la India.

Empezó a trabajar con mujeres: «Ellas son las que hacen todas las tareas, en casa y en el campo, pero

nunca se les reconoce. Al principio, ni siquiera se atrevían a mirar a un hombre a la cara». Les dio formación sobre cómo actuar ante catástrofes naturales. Estas tierras, a los pies del Himalaya, son muy fértiles, pero sufren terribles inundaciones periódicas y

Monseñor Thomas Thurthimattam, obispo de Gorakhpur:

«Nos preguntan mucho: ¿por qué hacéis eso?»

«A qui hacemos falta. La caridad de la Iglesia hace falta. La gente sufre injusticias, opresiones, esclavitud, pobreza...», dice el obispo de Gorakhpur, que, como la mayoría de sus 66 sacerdotes y 183 religiosas (más 7 religiosos no sacerdotes), procede del sur de la India.

¿Cómo se anuncia el Evangelio sin palabras? «La gente sí comprende lo que hacemos en nombre de Cristo», responde monseñor Thomas Thurthimattam, que ha adelantado su regreso de un encuentro con el Papa Francisco, para poder saludar a la Presidenta de Manos Unidas. «Aunque no podemos animar a las personas directamente a convertirse en cristianos, sí experimentan qué significa ser cristiano. Es como las obras de misericordia que hizo Cristo cuando curó a los enfermos, expulsó a los demonios, ayudó a las personas a vivir

conforme a su dignidad humana... Esto es también proclamación de la Buena Noticia. Nos preguntan mucho: ¿por qué hacéis eso? La gente se sorprende no sólo por el servicio de los misioneros, sino por la calidad del servicio, por el amor con que todo está hecho».

«Si Jesucristo es conocido, y la gente ve lo que hacemos en Su nombre, lo que significa una vida cristiana en plenitud, se sentirán atraídos hacia Él», prosigue. «Llevará tiempo. Juan Pablo II dijo que el tercer milenio sería el de la evangelización de Asia. Sucederá a lo largo de estos próximos 10 siglos, así que habrá que tener paciencia...»

También de Kerala, y de la misma Orden que monseñor Thomas, la Congregación de las Hermanitas de Santa Teresa de Lisieux, es su predecesor hasta 2004, monseñor Dominic Kokkak, primer obispo de la diócesis

de Gorakhpur, hasta 1984 integrada en la de Varanasi. «No había entonces nada aquí», recuerda. «Pasé mucho miedo. La gente me miraba con hostilidad».

El Obispado se erigió en una zona entonces muy deprimida, con mucha mafia y tres grupos terroristas maoístas activos en la zona. Nada más llegar, el obispo presenció un atentado a la puerta de su casa. Él mismo recibió numerosas amenazas de muerte.

Con una población de entonces 900 católicos, monseñor Dominic tenía claro que su prioridad debía ser el trabajo social. Un jesuita de Delhi le ayudó a poner la Cáritas diocesana en marcha. «Ahora –cuenta–, la Iglesia está presente en cientos de aldeas, y 60 mil niños rezan cada mañana el *Padrenuestro* en nuestras escuelas», que suman 35 en total, más 7 internados y diversos proyectos de educación no formal.

Hace pocos años, se encontró con uno de los líderes guerrilleros que le amenazaron a su llegada. Le dio las gracias por su trabajo.



Dos mujeres trabajan en el campo

temperaturas extremas, que oscilan entre los 2 grados en invierno y los 50 en el pico de más calor del verano.

Les enseñó a diversificar cultivos, según la estación del año. La auténtica revolución fue la agricultura orgánica. «Comprendimos que estaban gastando demasiado dinero en semillas, fertilizantes y pesticidas». Con esos químicos, la calidad de la tierra se deteriora muy rápido, y los beneficios de la familia se esfuman. Cáritas creó un banco de semillas, y puso en marcha una escuela para enseñar a producir fertilizantes y pesticidas ecológicos. Se han creado cooperativas de agricultores, en las que mujeres y hombres trabajan en plano de igualdad. Ni siquiera hay ya fronteras insalvables de casta. Incluso hay mujeres musulmanas en el grupo. Y el que no tiene tierra produce fertilizantes. Así reúne el dinero para una parcela. Para vender la producción, la diócesis tiene una tienda en la ciudad de Gorakhpur.

Costó arrancar. La gente desconfiaba de las nuevas técnicas, que ahora han imitado incluso los terratenientes de la zona. Tampoco se fiaban de las religiosas, que «pensaban que habían venido a hacer proselitismo». Y sobre

todo, muchos hombres se negaban a dejar participar a sus mujeres. Ése fue el caso de Narbaja (la mujer con sari rojo y lunares negros que se ve en la foto de esta página). Varias compañeras del grupo fueron a convencer a su marido, un alcohólico que derrochaba el dinero de la familia. Antes, Narbaja trabajaba de sol a sol en la huerta de un rico vecino por 60 rupias al día (120 pesetas). Gracias a su pequeño lote de tierra, pudo ahorrar y cumplir su gran sueño. «Yo no estoy educada, pero quería que mis hijos se educaran», cuenta. Ése es su mayor orgullo. Hace poco casó a su hija, pero exigió que la joven siguiera estudiando.

Se han roto muchos tabúes. También las mujeres del grupo han participado en programas de alfabetización. «Al principio, no sabía firmar. Tenía que poner el dedo en el papel. Ahora puedo leer los carteles cuando voy al mercado», dice otra miembro del grupo. Shanti Devi, de 46 años, viajó incluso a Delhi, la capital, en representación del grupo, para un encuentro nacional de pequeños agricultores. «Había gente muy importante, del Gobierno. Decían que no sería capaz de hablar, y aunque salí temblando, les dejé impresionados».

Lobby político

La estrategia de las cooperativas se complementa con la puesta en marcha de los llamados *grupos de autoayuda* de mujeres, una técnica muy extendida, casi ya un signo distintivo de la labor social de la Iglesia en toda la India. Cada una va aportando pequeñas cantidades de dinero, con lo que se va generando un fondo común. Cualquier miembro del grupo puede recurrir a un préstamo en caso de necesidad, o para poner en marcha un pequeño negocio, sin necesidad de pagar los intereses de usura que exigen los prestamistas. Cuando se alcanza un volumen de ahorro suficiente, se abre una cuenta en el Banco. Ya es posible entonces acceder a créditos.

En la aldea de Rampur Dullah, Sister Arpana, religiosa de las Hermanas de la Reina de los Apóstoles, de Bom-



Soledad Suárez y monseñor Kokkak inauguran la UCI del Fatima Hospital

Un hospital que sale a las periferias

El hospital de la diócesis de Gorkpur no se llama *Fátima* por casualidad. Monseñor Dominic Kokkak, ahora obispo emérito, rezó con gran insistencia a la Virgen hasta ver este sueño hecho realidad en 1995, con el que daba respuesta a las pésimas condiciones sanitarias en la zona. «Siempre iba llegando la persona oportuna con la ayuda necesaria en el momento adecuado», dice. Una de esas apariciones providenciales fue la de Manos Unidas. Esta asociación de la Iglesia en España es una de las principales fuentes de financiación de la diócesis. Gracias a Manos Unidas, el *Fatima Hospital* acaba de poner en marcha una UCI, lo que le permite ser el único hospital en cientos de kilómetros a la redonda con cirugía cardíaca. Es también el único que cuenta con un banco de sangre. En los otros 3, el paciente o su familia deben acudir ellos mismos a bancos privados a comprar la sangre necesaria para las transfusiones. El Gobierno regional, que ya cedió los terrenos para el hospital, paga 30 mil rupias por paciente.

Los pasillos están llenos de imágenes de la Virgen y del Sagrado Corazón. Una tercera parte de las enfermeras son católicas, y la gente las llama *Hermanas*. Como casi todas son del sur, en la iglesia que hay a la entrada del hospital, se celebra la Misa cada mañana en el rito siro-malabar. La fe se practica con toda naturalidad.

Pero el *Fatima Hospital* no se dedica simplemente a esperar a los pacientes. Tiene 10 centros de salud en áreas rurales y lleva a cabo numerosos programas en las aldeas. Una de las prioridades es la infancia. La tasa de mortalidad infantil es de 89 por mil, frente al 69, según la ONU, de promedio nacional. La mala alimentación (la anemia afecta en la India al 74% de los menores de tres años), la humedad y la falta de higiene hacen que los niños de esta región sean muy vulnerables a enfermedades como la encefalitis japonesa, una enfermedad que se propaga por picaduras de mosquitos, mortal, a menos que se trate a los niños cuando aparecen los primeros síntomas.

Los grupos de autoayuda de mujeres suelen tener comisiones de Salud, que se encargan de dar aviso ante cualquier problema. Ahora, la diócesis va a poner en marcha una Escuela de Enfermería para formar a algunas vecinas de las aldeas en cuidados básicos. Se salvarán miles de vidas y se fortalecerán los lazos comunitarios. «Nuestra misión busca provocar cambios entre la gente, sobre todo de comportamiento y de actitudes», dice el padre Jeejo Antony, director del hospital. «Que tengan vida digna es nuestro objetivo, una parte central de nuestra misión».

bay, ha hecho un trabajo impresionante. Empezó con charlas sobre salud. Formó un grupo, y lo movilizó para exigir a la Administración que acudiera una ambulancia para llevar a las parturientas a un hospital. También han conseguido importantes mejoras en el colegio. A una de las mujeres, la asesinó su marido. La policía archivó el caso, y el resto cortó la carretera de acceso a la comisaría para obligar a venir a un superior. El caso fue juzgado, y el hombre, condenado. «Son muy insistentes», ríe el padre Varghese.

Otro de sus logros ha sido cerrar la licorería, en la que sus maridos se

gastaban los ahorros. Se emborrachaban –cuenta una anciana– y «creaban problemas: gritaban, pegaban...»

Han construido una piscifactoría en régimen de cooperativa. También han reunido una cantidad suficiente de herramientas y utensilios, que los vecinos pueden pedir prestados para sus trabajos domésticos.

El alcalde del pueblo es ahora uno de los suyos. Si el grupo se mantiene unido, todos los próximos alcaldes lo serán. En este pequeño rincón de la India se ha acabado la corrupción.

